

Iñaki Ezkerra

(La Razón; ~ hacia 26-29-12-03)

En una entrevista que le hacía ayer Victoria Prego en «El Mundo», el cantautor leonés Amancio Prada decía que «tal vez sea más peligroso cantar contra ETA que contra Franco». Eso explicaría el silencio que ha mantenido ese valiente gremio durante tres décadas frente al enemigo más insufrible y ominoso de nuestra convivencia y es a su vez un síntoma de la mordaza que sufren la sensibilidad, la cultura y la lírica democráticas frente a la subcultura, la sensiblería y la épica totalitarias de un nacionalismo de corte esencialista como el vasco. Dicho de otro modo, si cantar contra ETA es peligroso, más lo es cantar contra el nacionalismo, contra la imaginería etnicista y el impostado victimismo de la ideología que hay detrás de ETA y que es la del PNV. Al peligro de disgustar a la banda terrorista se añade el de irritar también a la parroquia progresista.

Durante la campaña de 13-M, en la que participé todo lo activamente que pude, tuve la oportunidad de notar una ausencia que no presagiaba el éxito. Fue una campaña sin canciones, sin cantautores, sin poetas y sin poemas. La Transición democrática tuvo canciones y versos para todos los gustos. Tuvo letras de Celaya y de Otero, de Machado y de Hernández en las melodías de Serrat y de Paco Ibáñez. Tuvo hasta un himno de campaña electoral apto para todos los públicos que no fueran exclusivamente de izquierdas. Me refiero a aquella «Libertad sin ira» que no exigía al ciudadano «salir a la calle porque ya era hora de pasearse a cuerpo» ni «perderlo todo menos la palabra» ni que «las dos Españas le helaran el corazón» ni dar «sus brazos y sus pies a los cirujanos». La ausencia de canciones y versos en la aplazada y ralentizada transición vasca es el indicio de una sentimentalidad democrática censurada y constreñida en su ser por la sentimentalidad totalitaria y sabiniana del nacionalismo. Es el hueco tangible de una explosión de sentimentalidad constitucionalista y aún pendiente que no ha tenido lugar todavía porque a la represión del miedo se añade la de nuestra propia autocensura y pudor colectivos.

Lo más repugnante de la película «La pelota vasca» de Julio Mierdem →y también lo más difícil de explicar por lo que tiene de sutil→ es precisamente la obscenidad con la que se despliega en ella la imaginería sentimentaloides del nacionalismo más cripto-fascista y racista-aranista. Son esos gritos étnico-maquillados del cantante Mikel Laboa, esa impostación nacional-victimista, ese «manierismo del dolor falso» que tanto mola a la parroquia retro-progre y que oculta los gritos de las verdaderas víctimas, los silencios que éstas dejan en el sillón y en la cama que ocupaban. Decía Amancio Prada en su entrevista que tiene una canción contra el terrorismo que no ha grabado nunca porque le daba vergüenza y sentía «como que no hubiera necesidad de cantar eso». Pues sí hay necesidad. Eso es lo que nunca podrán cantar ni decir nuestros políticos.